

# MARX Y CUBA

*x Iñaki Gil de San Vicente*

1. UNA DEFINICIÓN CON CUBA.
2. SOCIALISMO UTÓPICO Y CUBA.
3. SOCIALDEMOCRACIA Y CUBA.
4. STALINISMO Y CUBA.
5. EUROCOMUNISMO Y CUBA.
6. IMPERIALISMO Y CUBA.

## 1. UNA DEFINICIÓN CON CUBA:

A comienzos de mayo de 2003 se ha celebrado en La Habana un muy interesante y enriquecedor encuentro internacional sobre la vigencia del pensamiento de Marx y Engels en el inicio del siglo XXI. Todavía es pronto para calibrar este congreso en su justa importancia cara al futuro del proceso revolucionario mundial, constatada no sólo en la amplitud y riqueza de las ponencias presentadas sino también en la de los debates mantenidos, incluidas las intervenciones de Fidel Castro. Motivados por la urgencia de responder a la creciente agresión imperialista contra Cuba, y a la de airear al mundo entero una de las conexiones directas y claves entre el pensamiento de Marx y Engels y la experiencia y logros cubanos; por ambas razones, adelantamos estas ideas que desarrollan una problemática repetidamente tratada en el congreso y que no es otra que la dialéctica entre las condiciones objetivas y las condiciones subjetivas en el largo proceso histórico. En esta dialéctica, representa un papel central la teoría como expresión sintética de la práctica social precedente y como adelanto analítico de las vías tendenciales abiertas por las contradicciones reflejadas en la teoría, que son contradicciones prácticas y por ello objetivas, aunque por ello mismo se expresan en y por la conciencia subjetiva de las masas.

Antes de seguir, es necesario cortar de raíz toda posibilidad de divagación reaccionaria sobre algunas cuestiones del desarrollo del marxismo que buscan minar su prestigio y a la vez tergiversar su contenido y alcance relacionado sobre el supuesto racismo eurocéntrico en la amplia obra de Marx y Engels, su supuesta filosofía de la historia, su determinismo economista, etcétera. Cuestiones todas ellas que anularían la capacidad del marxismo para explicar la experiencia cubana, o, en el extremo opuesto, demostrarían que Cuba no tiene ningún futuro con el socialismo. En realidad, como veremos, Cuba ha demostrado, primero, la vigencia del marxismo y, segundo, el fracaso de la escolástica stalinista ante Cuba. Sobre el primer punto, hay que decir que interesadamente se han sacado de quicio los comentarios de Engels sobre los pueblos “*sin historia*”, los condenados a ser engullidos por la cultura de los grandes Estados occidentales, pero el texto de E. Rosdolsky<sup>1</sup> zanjó científicamente el problema. También se ha desquiciado premeditadamente la cálida y cariñosa ironía de Marx hacia el cubano Lafargue, yerno suyo y autor de obras de divulgación marxista injustamente menospreciadas y que abren perspectivas muy actuales pese al tiempo transcurrido<sup>2</sup>, pero la explicación dada por F. Mehring cierra la discusión<sup>3</sup>. De igual modo, se han enrevesado y magnificado las lógicas limitaciones contextuales de la obra de ambos amigos sobre las problemáticas nacionales, pero la investigación de S. F. Bloom<sup>4</sup> ha resultado definitiva. Otro tanto hay que decir sobre su supuesto determinismo histórico, falsedad ya desmontada por muchos investigadores de los que sólo citamos a T. Shanin<sup>5</sup>. Por último, L. Krader<sup>6</sup> ha desmontado la creencia y/o la acusación de que Marx y Engels no se preocuparon por otra historia antigua que no fuera la europea.

Estos y otros autores que es imposible citar aquí, nos descubren el “*otro marxismo*” oculto cuando no reprimido por una plomiza mole de dogmatismos y tópicos que aun perviven pese a la implosión de la ideología stalinista. Llegamos así al segundo punto antes citado, el del fracaso de la URSS para comprender qué era la revolución cubana. Veremos cómo la burocracia stalinista descargó sobre Marx su exclusiva impotencia teórica para predecir y comprender la revolución cubana, y veremos cómo nunca

---

<sup>1</sup> R. Rosdolsky: “El problema de los pueblos “sin historia””. Fontamara 1981.

<sup>2</sup> P. Lafargue: “Textos escogidos”. Edit. Ciencias Sociales. La Habana 1976.

<sup>3</sup> F. Mehring: “Carlos Marx”. Grijalbo, 1973, pag.: 392.

<sup>4</sup> Salomon F. Bloom: “El mundo de las naciones. El problema nacional en Marx”. Siglo XXI, 1975.

<sup>5</sup> T. Shanin: “El Marx tardío y la vía rusa”. Edit. Revolución. 1990.

<sup>6</sup> L. Krader: “Los apuntes etnológicos de Karl Marx”. Siglo XXI 1988.

hizo el mínimo esfuerzo para corregir su error estratégico, sino al contrario, lo ahondó y multiplicó. Desde este prisma y con la vista puesta en las relaciones entre Marx y Cuba, debemos escoger como posible definición del marxismo, de entre las varias posibles y mutuamente complementarias, la que ofrece Engels en un texto de la etapa madura y más creativa y autocrítica, insuficientemente valorado. Engels<sup>7</sup>, además de reiterar el rechazo del marxismo a cualquier utopismo, afirma que la “*crítica*” que hizo Marx a *El Capital* contiene “*siempre*” los “*gérmenes*” de las “*soluciones*” que la clase trabajadora deberá concretar, ampliar y aplicar respondiendo a sus diferentes condiciones sociales e históricas.

Son cuatro los puntos decisivos para comprender la relación entre el marxismo y Cuba: primero, la construcción del socialismo no guarda conexión alguna con el utopismo; segundo, la dialéctica entre las soluciones descubiertas y el hecho de que estas soluciones estaban en forma de gérmenes, necesitando de un desarrollo posterior; tercero, la insistencia puesta en que la clase trabajadora debe desarrollar y aplicar esos gérmenes en sus respectivas situaciones sociales y, cuarto, la insistencia en que la clase trabajadora debe lograr el “*conocimiento exacto*” del capitalismo que le explota para derrotarlo más fácil y rápidamente. Según esta definición engelsiana del marxismo, este es una crítica revolucionaria del capitalismo que necesita desarrollar y aplicar concretamente las soluciones sobre la base de un conocimiento exacto de la realidad que debe transformar. Esta definición también plantea, como todo el marxismo, la dialéctica entre dichas cuestiones y el problema del poder político, del Estado en el periodo de transición del capitalismo al socialismo, de los instrumentos que, en manos de las mujeres, naciones y clases oprimidas, pueden y deben facilitar la autoorganización de las masas. Marx y Engels eran muy conscientes de que la teoría revolucionaria tiene el inconveniente intrínseco de ser, según F. Andreuci: “*una lectura difícil*”<sup>8</sup>.

Para superar ese problema siempre defendieron el principio del aprendizaje colectivo e individual por y mediante la práctica revolucionaria enraizada en las contradicciones sociales<sup>9</sup>. Aquí vuelve a aparecer la relación entre Marx y Cuba mediante, por ejemplo, la obra del Che en el tema que ahora nos ocupa: el valor crucial de la dialéctica de lo concreto, desde la mínima explotación hasta la liberación nacional y social, pasando por el poder popular, como bases materiales para el desarrollo colectivo e individual en el que la teoría cumpla un papel cohesionador<sup>10</sup>. Fidel Castro, tras el bombardeo de La Habana por la aviación norteamericana en abril de 1961, dijo estas palabras sobre este tema vital en la concepción materialista de la historia: “*Para muchas personas en este país, y aun fuera de este país, resultaba difícil de creer que el gobierno de los Estados Unidos fuese capaz de llegar a tanto (...) Todavía nosotros no habíamos podido adquirir la dura experiencia que hemos ido adquiriendo durante estos dos años y medio. Todavía no conocíamos bien a nuestros enemigos. Todavía no conocíamos bien sus procedimientos. Todavía no sabíamos lo que era la Agencia Central de Inteligencia del gobierno de los Estados Unidos. Todavía no habíamos tenido oportunidad de ir comprobando, día a día, sus actividades criminales contra nuestro pueblo y nuestra revolución*”<sup>11</sup>.

Que esta teoría del aprendizaje mediante la práctica es básica en el marxismo, sobre todo el maduro, su fase autocrítica y más creativa, se confirma en la insistencia de Engels hacia el respeto escrupuloso para con las diferencias nacionales, estatales y de desarrollo de la dialéctica entre el polo socioeconómico o factor objetivo, y el polo de la conciencia de clase o factor subjetivo. Por ejemplo, sus cartas<sup>12</sup> a H. Schluter de enero de 1890 y marzo de 1892 sobre el movimiento obrero estadounidense, y su carta a Turati de enero de 1894 sobre el italiano, así lo confirman sin posibilidad de duda. Una de las constantes que estructura internamente a estos escritos es la de la decisiva importancia de la formación teórico-política --en sentido marxista-- de la clase trabajadora. Decimos en sentido marxista porque no vale cualquier supuesto conocimiento, o cualquier preparación intelectualista adquirida sin crítica alguna en las fábricas de pensamiento burgués, llamadas universidades. La formación marxista debe ser una síntesis de teoría, política, ética y estética siempre dentro de una práctica revolucionaria dotada de una perspectiva histórica de largo alcance. En dicha síntesis, los específicamente teórico, que en si mismo no se puede

---

<sup>7</sup> Engels: “Contribución al problema de la vivienda”. Obras Escogidas. Moscú Tomo II pag.: 395.

<sup>8</sup> F. Andreuci: “La difusión y la vulgarización del marxismo”. En “Historia del marxismo”. Bruguera, Tomo 3, pag.: 67.

<sup>9</sup> Marx: “Tesis sobre Feuerbach”. “Obras Escogidas”. Progreso 1978, Tomo I pags: 7-11.

<sup>10</sup> S. Salazar: “Che: artista de la lucha revolucionaria”, en “Pensar al Che”. Edit, Martí, 1989, Tomo I, pags: 135-192.

<sup>11</sup> Fidel Castro: “Morir por la patria es vivir”, en “Así se derrotó al imperialismo”. Siglo XXI, 1978, pag. 455.

<sup>12</sup> Marx y Engels: “Correspondencia”, Edit. Cartago 1973, pags.: 370-414.

separar de los restantes componentes porque se interpenetran e interactúan, debe prestar también decisiva atención a los “factores objetivos”. Engels había insistido frecuentemente en esta cuestión, por ejemplo, en 1874 afirmó que los trabajadores alemanes tenían dos ventajas sobre los obreros del resto de Europa, citando como primera la de pertenecer al pueblo más teórico de Europa<sup>13</sup>. Por no extendernos, en la carta del 5 de agosto de 1890 a K. Schmidt, Engels comentaba apenado los escasos investigadores afiliados al partido socialdemócrata que se tomaban el trabajo de estudiar economía, comercio, industria, agricultura, formaciones sociales, siempre atendiendo a su evolución histórica<sup>14</sup>.

La insistencia engelsiana en la evolución histórica de los problemas estudiados y en las formaciones sociales, nos remite a la dialéctica entre el polo genético-estructural y el polo histórico-genético, o si se quiere, entre el polo de los modos de producción y el de las formaciones sociales. Esta dialéctica es clave para entender, entre otras, la ley del desarrollo desigual y combinado de las contradicciones capitalistas, que tantos debates constructivos genera<sup>15</sup>, imprescindible para comprender la evolución real de la lucha entre el Capital y el Trabajo a escala mundial y, en concreto, la emancipación nacional de Cuba y de cualquier otra nación oprimida, como Euskal Herria. Todo ello nos conduce de nuevo a la capacidad de los revolucionarios y de la clase trabajadora en su conjunto para desarrollar creativamente el factor subjetivo como componente central de la dialéctica entre las fuerzas productivas y las relaciones sociales de producción, y a la vez, sin negar lo anterior, como polo director de la emancipación socialista y comunista.

Siguiendo esta lógica, que pensamos refleja acertadamente lo esencial de las tesis de los revolucionarios, veremos cómo la experiencia cubana se va desarrollando, no sin dificultades y ciertas crisis, dentro de las grandes líneas maestras diseñadas germinal y embrionariamente por el marxismo. Constatar esta experiencia histórica totalizante es vital para poder enjuiciar posteriormente cualquier otro problema secundario y parcial por importante y hasta decisivo que aparente ser si lo analizamos estática y aisladamente, metafísicamente. El caso de las recientes ejecuciones de tres criminales y mercenarios del imperialismo yanqui y de las detenciones de ideólogos de la contrarrevolución, es un ejemplo de ello. Pero para comprender en su decisiva importancia esta continuidad de Cuba --con sus contradicciones-- dentro del esquema marxista, hay que exponer muy brevemente la experiencia histórica anterior, al menos desde y para los objetivos esenciales de este pequeño texto.

Y de lo primero que debemos ser conscientes es de la importancia de apreciar críticamente la importancia del tiempo. Han transcurrido 13 años desde que implosionara la URSS, certificando el desastre de la rama stalinista del tronco histórico del socialismo. Han pasado alrededor de dos décadas desde que entrara en barrena hasta su rápida extinción otra rama de ese centenario tronco que es el movimiento socialista internacional surgido a mediados del siglo XIX, en este caso la eurocomunista, híbrido entre el stalinismo y la socialdemocracia más algunas aportaciones específicas de reformismos varios. Han sucedido muchos acontecimientos desde que en 1914 la inmensa mayoría de la socialdemocracia internacional pasara a defender con armas y bagajes a sus respectivas clases dominantes. Han acaecido más acontecimientos todavía desde que la Comuna de París de 1871 confirmase el agotamiento irrecuperable del socialismo utópico. Tres de estas cuatro fechas han supuesto las más catastróficas e irrecuperables derrotas prácticas y teóricas del movimiento socialista internacional hasta hoy. Cronológicamente expuesto, la primera, la de la Comuna de París de 1871 no propició los efectos nefastos de las tres posteriores porque, como veremos, no estaban todavía sentadas las bases objetivas y subjetivas para ello. Incluso al contrario, aquella derrota facilitó la posterior extensión de la teoría marxista en el interior de un movimiento obrero que justo entonces, en 1871, había aprendido a costa de miles de muertos y asesinados las impotencias del socialismo utópico.

## 2. SOCIALISMO UTÓPICO Y CUBA:

Muy sucintamente, el socialismo utópico y otras corrientes socialistas premarxistas se agotaron en y con el fracaso de la Comuna de 1871, derrota causada no solamente por la sanguinaria contrarrevolución capitalista, sino sobre todo por la imposibilidad objetiva, política y teórica de las heroicas masas insurrectas pese a haber descubierto y aplicado embrionariamente el método comunal, tan alabado por

---

<sup>13</sup> Engels: “La guerra campesina en Alemania”. Obras Escogidas, Tomo II pag.: 179.

<sup>14</sup> Marx y Engels: “Correspondencia”. Obra citada, pag.: 378.

<sup>15</sup> Mandel-Nicolaus: “Debate sobre Norteamérica”. Anagrama 1972. Samir Amin: “Sobre el desarrollo desigual de las formaciones sociales”, Anagrama 1976. AA.VV: “La ley del desarrollo desigual y combinado”, Edit. Pluma, 1977.

Marx. Hay que empezar diciendo que si bien el desarrollo industrial francés era fuerte, todavía en 1869 trabajaban en grandes empresas cerca del 40% de los 2.900.000 de trabajadores industriales<sup>16</sup>. Aunque las luchas sociales fueron en ascenso, lo reducido de los trabajadores industriales dentro de la clase obrera en su conjunto facilitaba que existiera una gran heterogeneidad política expresada principalmente mediante el proudhonismo, bakuninismo, blanquismo y, por último y en mucha menor medida, en una especie de “marxismo” con muy pocos seguidores que, además, apenas lo dominan intelectualmente.

La represión policial de verano de 1870 afectó especialmente a estos “marxistas”, como lo reconoció el propio Marx en una carta a Becker del 2 de agosto de ese año. Las razones de esa minorización y del mucho desconocimiento del marxismo son las mismas que explican que solamente fueran obreros 25 de los 65 –el 40% del total– miembros del Consejo general de la Comuna de 1871, siendo el resto generalmente artesanos y obreros artesanales, seguidos de tenderos, maestros, publicistas, etcétera. Por estas y otras razones, J. Bruhat, de quien tomamos los datos anteriores, afirma que la influencia de los “marxistas” fue muy reducida, muy débil y muy pequeña<sup>17</sup>. Aunque las condiciones objetivas estaban formándose rápidamente por la expansión capitalista y sus contradicciones, empero todavía estaban muy relativas y parcialmente asentadas, por lo que consiguientemente no se habían desarrollado todavía suficientemente las condiciones subjetivas, las fuerzas conscientes del Trabajo que llegasen al nivel de agudización de las contradicciones objetivas capitalistas. La debilidad numérica de la fracción industrial y obrera de la clase trabajadora así lo indica.

Sin embargo, semejante debilidad estructural no niega la posibilidad de extraer una lección positiva para posteriores procesos revolucionarios. Marx extrajo esa lección mundialmente conocida que se centra, sobre todo, en el descubrimiento de la Comuna como la esencia del futuro Estado obrero. Pero en la imprescindible obra “*La guerra civil en Francia*”, Marx expone lecciones que han pasado desapercibidas o que han sido interesadamente silenciadas posteriormente pese a los esfuerzos de muchos marxistas por rescatarlas y actualizarlas, como Lenin<sup>18</sup>. Si tuviera que escoger una de entre las lecciones particulares más importantes, y mirando siempre a Cuba, cito esta: “*La Comuna no había de ser un organismo parlamentario, sino una corporación de trabajo, ejecutiva y legislativa al mismo tiempo*”<sup>19</sup>. Decimos que mirando a Cuba porque precisamente una de las críticas reaccionarias al Gobierno y Estado cubano repite mecánicamente que niegan la validez del sistema parlamentario, tal como lo define la burguesía. Más adelante analizaremos el sistema cubano.

Ahora nos interesa otra identidad de fondo entre Marx y Cuba precisamente alrededor del significado de la Comuna de 1871. En la carta a Domela Nieuwenhuis del 22 de febrero de 1881, y antes de que Marx afirme que la Comuna no era ni podía ser socialista en ningún sentido, por las razones objetivas y subjetivas antes aludidas, dice explícitamente que: “*un gobierno socialista no llega al poder en un país a menos que las condiciones estén tan desarrolladas que pueda por sobre todo, adoptar las medidas necesarias para intimidar suficientemente a la gran masa de la burguesía a fin de ganar tiempo --el primer desideratum-- para una acción perdurable*”<sup>20</sup>. Ganar tiempo para una acción perdurable intimidando a la burguesía. Esto es lo que la revolución cubana ha estado haciendo en unas increíbles condiciones adversas, de cerco casi absoluto desde el primer día de su victoria. La intimidación de su burguesía es, desde esta perspectiva, una condición fundamental para desarrollar unas políticas globales de autoorganización material e incremento de la conciencia revolucionaria de la población. A Cuba se le pueden y deben --con honor y con orgullo-- aplicar estas palabras de Marx: “*...tendrán que pasar por largas luchas, por toda una serie de procesos históricos, que transformarán completamente las circunstancias y los hombres*”<sup>21</sup>.

### 3. SOCIALDEMOCRACIA Y CUBA:

En contra de lo que se cree sin base alguna, la socialdemocracia europea creció también en un contexto de relativamente escaso desarrollo capitalista industrial y financiero hasta 1914, rodeado por un bosque

---

<sup>16</sup> Avdakov, Poliansky y otros: “Historia económica de los países capitalistas” Editora Política. La Habana, Cuba 1978, pag.: 290.

<sup>17</sup> J. Bruhat: “El socialismo francés de 1848 a 1871”, en “Historia General del Socialismo”, Tomo I “De los orígenes a 1875”, Destino 1976, pag.: 525-533.

<sup>18</sup> Lenin: “El Estado y la revolución”. Obras Completas. Moscú, 1986, Tomo 33.

<sup>19</sup> Marx: “La guerra civil en Francia”. Obras Escogidas, Tomo II, pag.: 233.

<sup>20</sup> Marx-Engels: “Correspondencia”. Obra Citada, pag.: 314.

<sup>21</sup> Marx: “La guerra civil en Francia”. Ops. Cit., pag.: 237.

inmenso de pequeña producción en talleres familiares, en pequeñas empresas, en restos artesanales, además de un campesinado muy amplio. A.J. Mayer<sup>22</sup>, ha demostrado que incluso Estados capitalistas tan desarrollados en 1914 como el Reino Unido y, sobre todo, Alemania, no habían desarrollado todavía una alta concentración y centralización de capitales. Otros Estados también importantes iban más retrasados en la extensión y penetración del capitalismo industrial y financiero en la realidad social. Aunque el capitalismo se había expandido impetuosamente desde 1871, todavía quedaban amplias masas europeas que vivían en contextos preindustriales o semiindustriales, con las inevitables consecuencias costumbristas, políticas e ideológicas, y sobre todo teóricas. Entre esos efectos destacaba la muy reducida preocupación de los estudiosos de izquierdas por la realidad social.

En 1891, Kautsky reconocía y admitía en una carta a Adler que los “marxistas” eran ciertamente minoritarios en la socialdemocracia alemana. Dejando de lado la burocratización de este partido emblemático en la socialdemocracia europea, estudiada ya lo suficiente, en 1905 solamente el 10% de sus militantes poseían algunos conocimientos del razonamiento marxista, mientras que sólo 6000 de los 400.000 militantes estaban suscritos a la revista teórica del partido. Pero ¿cuántos la leerían con interés? No es nada sorprendente, por tanto, y siguiendo en estas tesis a Bo Gustafsson<sup>23</sup>, que la teoría marxista quedase en simple cosa de los “teóricos”. Si a lo dicho le añadimos la astuta política de Bismarck, apoyado por el sector más lucido de la burguesía alemana, de conceder determinadas garantías sociales -- otro tanto se hacía aunque en menor escala en el Estado francés, inglés, etc.-- así como los efectos narcotizantes de las sobreganancias extras de la nueva expansión imperialista, sumando estos y otros factores, comprendemos perfectamente el agrandamiento de un foso abismal entre la acomodada práctica y la desacomodada teoría, como muy bien dijo Helga Grebing<sup>24</sup>.

En realidad, nos enfrentamos a un problema de primera magnitud porque concierne a la implantación del marxismo como guía de transformación revolucionaria entre las clases trabajadoras. Ya en 1903, Rosa Luxemburgo<sup>25</sup> había planteado el debate sobre los diferentes ritmos de apropiación teórico-política del marxismo por parte de los trabajadores, y los ritmos de publicación de las obras de Marx y Engels, poniendo como ejemplo el III Libro de *El Capital*. La tesis central de Rosa Luxemburgo es que el movimiento obrero y revolucionario va apropiándose de las obras de ambos revolucionarios en la medida en que le impelen sus necesidades materiales de lucha. No es que el movimiento revolucionario haya “superado” a un Marx ya agotado y envejecido, sino que todavía --en 1903-- no estaba en condiciones para ponerse a la altura de una obra que le superaba ampliamente. Dejando de lado que el nudo de la tesis coincide totalmente con la de Engels citada al comienzo de este texto, su corrección histórica se confirma con el impacto causado por las obras marxistas que ella desconocía y que se descubrieron más tarde; y también porque el debate no ha cesado, sino que se han ampliado al compararse su tesis con la de Gramsci, por ejemplo, ya hace bastante tiempo<sup>26</sup>. Pero lo decisivo de este problema, tanto entonces como ahora, radica en que una de las cuestiones cruciales era ni más ni menos que el problema de la guerra y por extensión el de la violencia en la lucha entre el Capital y el Trabajo, y su encuadre en el materialismo histórico. Un problema --el problema por excelencia cuando las contradicciones son irresolubles-- que siempre ha determinado no sólo al socialismo sino al caso que ahora nos interesa, la relación entre Marx y Cuba.

En efecto, el debate sobre la guerra en la socialdemocracia internacional a comienzos del siglo XX se transformó bien pronto, en 1904, en un debate político a la vez que teórico como bien ha explicado Madeleine Reberieux<sup>27</sup>. Sin embargo, un debate con una muy pobre capacidad de desarrollar el ya considerable germen dejado por Marx, del que son conocidas sus ideas sobre las relaciones entre el ejército y el salario, y sobre todo por Engels quien, además de en el “*Antiduhring*” relación directamente la guerra con la economía al decir que los grandes navíos de guerra eran fábricas flotantes<sup>28</sup>. Entre los muchos textos sobre esta problemática, destaca la carta a Danielson del 22 de septiembre de 1892 en la

---

<sup>22</sup> Arno J. Mayer: “La persistencia del Antiguo Regimen”. Altaya nº 68, pags.: 42-69.

<sup>23</sup> Bo Gustafsson: “Marxismo y revisionismo”. Grijalbo 1975, pags.: 33-39.

<sup>24</sup> Helga Grebing: “El socialismo en Alemania”, en “Socialismo” de I. Fetscher (coord.) Plaza y Janes, 1976, pag.: 153.

<sup>25</sup> Rosa Luxemburgo: “Inmovilismo y progreso en el marxismo”. En “Marx ahora”, La Habana, nº 15, 2003.

<sup>26</sup> F. Fernandez-Santos: “Historia y filosofía”. Península 1966, pags.: 120-123.

<sup>27</sup> M. Reberieux: “El debate sobre la guerra”. En “Historia del marxismo”. Bruguera 1981, Tomo 6, pag.: 314.

<sup>28</sup> Engels: “Antiduhring”, Grijalbo, 1968, pag.: 166.

que explica las relaciones obligatorias entre la gran industria capitalista y la política militar<sup>29</sup>. Pero, a comienzos del siglo XX el grueso de la socialdemocracia no había desarrollado todavía una teoría sobre la guerra porque apenas estaba desarrollándose su base conceptual que no era sino una previa teoría sobre el imperialismo, aunque, e insistimos en ello, sí existían suficientes gérmenes en las obras de los clásicos. No debe sorprendernos el retraso en el conocimiento de los clásicos en esta decisiva cuestión porque, como ha investigado Hobsbawm<sup>30</sup>, en Alemania solamente se tiraban por media 2000 o 3000 ejemplares del “*Manifiesto*” como máximo antes de 1905, mientras que de la obra de Kautsky la “*Revolución social*” se editaron 7000 en 1903 y 21.500 en 1905, entre otros muchos ejemplos de la extrema desproporción en las tiradas entre los textos marxistas y los de los intelectuales socialdemócratas.

Se comprende así la tardanza en el desarrollo de una teoría de la guerra en el capitalismo imperialista, toda vez que, desde el concepto marxista de “*teoría*”, es imposible analizar la guerra sin analizar, por un lado, el imperialismo y a la vez, la llamada “*cuestión nacional*”; y por otro lado, dialécticamente unido, el problema de las formas de lucha y movilización de las clases trabajadoras, en especial por su trascendencia en 1905, el de la huelga de masas tal cual había irrumpido en la revolución rusa de ese año. En este sentido, las tesis de Rosa Luxemburgo sobre la huelga de masas y la dialéctica entre organización y espontaneidad, que adquiere nueva intensidad en cada oleada revolucionaria como sucedió en los años ’60 y ’70<sup>31</sup> y ya late en la oleada actual, plantea el problema de la necesidad de la imprescindible experiencia histórica previa a cualquier elaboración teórica. En los debates de comienzos de siglo XX, la experiencia práctica sobre las huelgas de masa se reducía a la revolución de 1905 en Rusia y apenas más. No bastaba para elaborar una teoría coherente, y por ello Rosa Luxemburgo no pudo comprender bien la dialéctica entre organización y espontaneidad. Su afirmación de que “*una vez que la bola empiece a rodar, la socialdemocracia, quiéralo o no, no podrá detenerla*”<sup>32</sup> ha sido refutada por la historia de una forma brutal. Sin embargo, la dialéctica espontaneidad/organización ha sido y es vital para entender todo proceso revolucionario, y en el tema que nos concierne, es claro que la dirigencia cubana supo desarrollarla creativamente desde, por poner una fecha, la huelga de agosto de 1957, cuando su capacidad organizativa actuó como fermento entre las diversas organizaciones urbanas, obreras, campesinas, etcétera. Tal capacidad de agilizar la dialéctica organización/espontaneidad se comprobó, sobre todo, el estallido de la organizada espontaneidad revolucionaria de amplias masas cubanas autoorganizadas en los “*congresos campesino en armas*”, en los “*congresos obreros en armas*” y en la masividad de la huelga general de enero de 1959<sup>33</sup>.

Además, en los debates de comienzos del siglo XX, sobre todo en los inmediatamente anteriores y posteriores al Congreso Internacional de Stuttgart de 1907, apenas se realizaron esfuerzos sintéticos en esa dirección decisiva para evitar la integración del movimiento obrero y revolucionario en la lógica burguesa, como ha demostrado J. Droz en su investigación sobre la Alemania de la época<sup>34</sup>. Es cierto que los estudios de O. Bauer sobre la cuestión nacional en 1907 y de Hilferding sobre el capitalismo financiero de 1910, por citar dos de los más relevantes, avanzaban reflexiones muy interesantes pero ciertamente minoritarias. Como era también muy minoritaria la presencia y sobre todo el uso teórico-práctico del marxismo en los cruciales debates en el Estado francés y en las ideas de Jaures. M. Reberieux ha realizado una de las más lúcidas investigaciones sobre el socialismo francés, centrándose en el papel clave de Jean Jaures por sus posturas decisivas sobre la paz, la guerra, el ejército, etc., mostrando cómo las izquierdas de un Estado tan importante como el francés apenas dominaban el método marxista<sup>35</sup>. Incluso cuando Rosa Luxemburgo escribió su brillante tesis sobre la militarización del capitalismo en

---

<sup>29</sup> Marx y Engels: “Correspondencia”, Ops. Cit, pag.: 397, y Engels: “Temas militares”, Equipo Editorial 1968.

<sup>30</sup> Hobsbawm: “Las vicisitudes de las ediciones de Marx y Engels”, en “Historia del marxismo”, ops. cit. Tomo 2, pag.: 298-299.

<sup>31</sup> D. Guerin: “Rosa Luxemburg y la espontaneidad revolucionaria”. Proyeccion, Buenos Aires 1973

<sup>32</sup> R. Luxemburgo: “Huelga de masas, partido y sindicatos”. Edit. Pluma. 1970. Obras escogidas, Tomo I, pag.: 256.

<sup>33</sup> AA.VV: “Historia del movimiento obrero cubano”. Editora Política. La Habana. 1988, Tomo II pags.: 343-366.

<sup>34</sup> J. Droz: “La cuestión nacional, el imperialismo y el problema de la guerra”. En “Historia general del socialismo”, Ops. cit. Tomo II, pags.: 58-71.

<sup>35</sup> M. Reberieux: “Jean Jaures y el marxismo”, en “Historia del marxismo contemporáneo”. Avance 1976, pags.: 437-470.

1912<sup>36</sup>, era ya imposible preparar política y teóricamente a la socialdemocracia internacional para los acontecimientos que se acercaban rápidamente.

El problema es más serio de lo que sospechamos porque el propio Lenin fue incapaz de dar crédito a las primeras noticias sobre el estallido de la guerra, a comienzos de agosto de 1914, convencido de que eran una manipulación propagandística ya que, según pensaba, la socialdemocracia internacional no se hundiría nunca tan rápida y escandalosamente. Sin embargo, Lenin fue el primero en reaccionar y tomar la ofensiva en todos los aspectos. Para 1916 Lenin ya había dado alternativas revolucionarias a los tres problemas de la postura ante la guerra, ante la opresión nacional y ante el imperialismo, más su aportación específica a la ley del desarrollo desigual y combinado, en una serie de textos que no podemos exponer aquí<sup>37</sup>. Lenin rescataba, actualizaba y desarrollaba lo esencial del marxismo, sobre todo la importancia central de la esfera de la producción de plusvalor sobre la de la circulación, criticando a Rosa Luxemburgo y a Hilferding al respecto, y mostrando cómo la opresión nacional, la guerra y el desarrollo desigual y combinado giran en última instancia alrededor de la producción de plusvalor.

Es innegable la actualidad de este problema histórico de consecuencias tan tremendas para la humanidad, para el tema de las relaciones entre Cuba y Marx. Por un lado, Cuba supo enriquecer la dialéctica organización/espontaneidad bastante más y mejor de lo que decían los manuales stalinistas al uso. Por otro lado, al igual que cualquier otro pueblo oprimido, Cuba ha vivido y sufrido la opresión nacional y la guerra de liberación nacional, y vive la presión imperialista bajo una permanente agresión y cerco que debemos calificar como guerra económica de alta intensidad; todo ello en un largo periodo que solamente puede entenderse aplicando, entre otras, la ley del desarrollo desigual y combinado entre una nación caribeña empobrecida por el imperialismo hasta antes de 1959 y la superpotencia imperialista dominante situada a muy corta distancia geográfica. El deleznable comportamiento de las izquierdas oficiales occidentales ante esta sistemática agresión contumaz guarda estrecha relación con, primero, la continuidad de buena parte de las tesis reformistas anteriores y posteriores a 1914; segundo, con la tergiversación de las tesis de Lenin al respecto y tercero, con su sustitución por las tesis stalinistas posteriores. Pero para comprenderlo debemos analizar brevemente la oposición teórica entre stalinismo y marxismo.

#### 4. STALINISMO Y CUBA:

En 1872 se tradujo al ruso *El Capital*, pero los primeros grupos obreros no se formaron hasta 1875 aunque para entonces existía una larga historia de diversos socialismos premarxistas, movimientos populistas y anarquistas, etc. Si bien la intelectualidad rusa había leído a Marx y Engels, los movimientos campesinos, populistas y obreros que luchaban contra el zarismo no se preocuparon por el marxismo hasta 1891. La razón no fue otra que la hambruna de ese año que demostró la incapacidad de las teorías anteriores para explicar las causas sociales del hambre y, sobre todo, para ofrecer una solución política adecuada. Aun y todo así, su penetración y extensión muy lenta a pesar de la oleada creciente de luchas entre 1900 y 1905, y prácticamente nula en el campo. Zinoviev no dudó en calificar en este año a los escasos obreros revolucionarios como “*fenómenos aislados*”<sup>38</sup>. Sin embargo, las condiciones del desarrollo capitalista en Rusia acelerarán la radicalización de las masas debido, además de otras razones, también a la inexistencia de un amplio colcho de lo que ahora se llaman “clases medias”, y que en la Rusia de comienzos del siglo XX eran extremadamente débiles. Trotsky demostró en sus investigaciones posteriores a 1905 que un proletariado muy concentrado en las grandes ciudades no tenía enfrente sino al absolutismo y a una burguesía numéricamente pequeña, “*medio extranjera en su origen, sin tradiciones históricas y animada únicamente por la codicia*”<sup>39</sup>.

Aunque son muy apreciables las diferencias entre la Rusia zarista de 1905 y la Cuba de 1958, no deja de ser llamativa cierta similitud de fondo entre los contextos sociales de ambos países: el zarismo carecía de colchón social pequeño y mediano burgueses, y la dictadura batistiana estaba aislada; la alta burguesía rusa era “*medio extranjera*” y la cubana estaba vendida a los EEUU; la tradición histórica de la alta burguesía cubana había sido la del plegamiento a las potencias ocupantes y ambas, la zarista y la cubana, únicamente se movían por la codicia. Además de otras diferencias, sin embargo, el pueblo cubano tenía

<sup>36</sup> Rosa Luxemburgo: “La acumulación del capital”, Orbis, 1985, Tomo II, pags.:114-125.

<sup>37</sup> Lenin: “Obras completas”, Ops, cit, Tomos 26 y 27.

<sup>38</sup> R. Portal: “El socialismo ruso hasta la revolución de 1917”, en “Historia general del socialismo”, ops, cit, Tomo II, pag.: 404-448.

<sup>39</sup> Trotsky: “1905 Resultados y perspectivas”. Ruedo Iberico 1971, Tomo 2, pag.: 159.

una superior vertebración revolucionaria alrededor del Ejército Rebelde y del poderoso movimiento obrero, campesino y popular. Pero lo que interesa ahora resaltar es una interesante “coincidencia”: en Rusia solamente el pueblo trabajador podía presentar un modelo nacional de futuro porque la burguesía era “*medio extranjera*”, pero también en Cuba esa tarea la tenía que realizar el pueblo porque la burguesía nacional cubana era muy débil estructuralmente, como ha demostrado Thalia M. Fung al recordar que el 94,2% de las industrias cubanas no llegaban a tener 100 empleados<sup>40</sup>.

La burguesía rusa no pudo y/o no quiso desarrollar un colchón de pequeña y mediana burguesías, pero, a pesar de esta ventaja, tampoco el movimiento revolucionario pudo construir una amplia y masiva red de militantes cualificados. Pero en la primavera de 1917 cuando, como expresa I. Deutscher, “*ninguna autoridad y ninguna verdad se daba por sentada*”<sup>41</sup>, el partido bolchevique muy formado políticamente pero muy reducido en la inmensa Rusia, supo atraerse e integrar en su seno --resolviendo viejas disputas superadas por los acontecimientos-- a una enorme gama de grupitos, grupos y corrientes políticas. Así se explica que entre febrero y julio de 1917 los militantes ascendieran de 8.000 a 177.000<sup>42</sup>. Es incuestionable que este crucial logro histórico fue debido a la corrección de la teoría leninista de la organización revolucionaria, que si bien tiene una base en la influencia personal de Lenin, con su “*sagaz flexibilidad y la mayor audacia intelectual*”, como lo caracterizó J. Reed<sup>43</sup>; también parte de los “*gérmenes*” y de la superación de las limitaciones existentes en Marx y Engels<sup>44</sup> y, además, es producto simultáneo de la propia coherencia de la preparación bolchevique en los largos años de clandestinidad y semiclandestinidad entre 1905 y 1917. En realidad, estamos hablando de la siempre debatida “teoría del partido”<sup>45</sup>.

En estos años los bolcheviques pasaron del desconcierto ante la irrupción de las masas autoorganizadas en soviets y consejos, desbordados por ellas, a convertirse en el armazón del nuevo poder soviético. Estos militantes habían aprendido a realizar “*el análisis constante de la situación, la comprobación de las consignas en los hechos, la actitud seria frente al adversario, aunque este fuera poco serio*”, según Trotsky que resume así: “*Explicar pacientemente, era la clave de la política bolchevique*”<sup>46</sup>. Pero “*explicar pacientemente*”, que en realidad era una consigna de Lenin, exige de un conocimiento teórico desarrollado y de un dominio de la dialéctica materialista suficiente para saber extraer de entre la abigarrada masa de fenómenos aparentes dispersos e inconexos, su lógica interna, su esencia común, y, además, saber explicarla de forma comprensible. Los tres logros bolcheviques: su capacidad para aprender de sus errores pasados y prepararse para el futuro; su capacidad para aglutinar sectores diferentes e incluso enfrentados en el pasado, y su capacidad para explicar pacientemente a las masas, los hemos visto reaparecer en Cuba.

Pero las extraordinariamente difíciles condiciones existentes entre 1917 y 1921 acarrearón de entre los múltiples efectos negativos, también el de la caída en picado de la formación teórico-política de una militancia bolchevique en las que bastantes de sus viejos cuadros habían muerto en la revolución y muchos de los nuevos afiliados carecían de la necesaria formación. En 1919 sólo el 8% de los militantes habían ingresado antes de febrero de 1917, y solamente un 20% antes de octubre de ese año. Quiere esto decir que los cualificados y probados “viejos bolcheviques” que habían aguantado lo peor de la lucha antizarista anterior a febrero de 1917, eran ya en 1919 una muy reducida minoría. Junto a esta peligrosa minorización de la columna vertebral bolchevique, también cayó en picado el nivel medio intelectual pues en esa época, solamente el 5% de la militancia tenía instrucción superior y un 8% enseñanza secundaria. Las cosas fueron empeorando con el tiempo. P. Broue, del que hemos extraído estas cifras, nos recuerda las entristecidas y alarmantes palabras de Yaroslavsky en 1921: “*entre los camaradas del partido, resulta extraordinariamente difícil encontrar alguno que haya leído por los menos El Capital de Marx o alguna otra básica de la teoría marxista*”<sup>47</sup>.

---

<sup>40</sup> Thalia M. Fung: “En torno a las regularidades y particularidades de la revolución socialista en Cuba”. Edit. Ciencias sociales. La Habana 1982, pag.: 37.

<sup>41</sup> I. Deutscher: “Trotsky, el profeta armado” Era, 1970, pag.: 234.

<sup>42</sup> T. Grant: “Rusia. De la revolución a la contrarrevolución”. Fund. F.Engels. 1997 Pag.:55.

<sup>43</sup> J. Reed: “Diez días que estremecieron al mundo”. Akal, 1974, pag.: 143.

<sup>44</sup> E. Mandel: “La teoría leninista de la organización” Era, 1974 pag: 70.

<sup>45</sup> AA.VV: “Teoría marxista del partido político” P y P, Tomo I nº 7, 1971, Tomo II, nº 12, 1976

<sup>46</sup> Trotsky: “Historia de la revolución rusa”. Zeta, 1973 Tomo 250-265.

<sup>47</sup> P. Broue: “El partido bolchevique”. Ayuso 1974 pags.: 176-178.

El endurecimiento de los controles de admisión de nuevos miembros, propiciado por Lenin en 1922<sup>48</sup>, iba destinado, entre otras cosas, a asegurar un aumento de la calidad en detrimento de la cantidad de militantes. Para Lenin, la calidad también debía demostrarse en el dominio práctico de la teoría marxista, empezando por la misma juventud que debe rechazar la educación dogmática, el recetario y las citas memorísticas, para desarrollar mediante la disciplina consciente siempre unida a la práctica organizada, un aprendizaje basado en la dialéctica entre lo individual y lo colectivo: “*Ustedes tienen que hacerse comunistas a partir de ustedes mismos*”<sup>49</sup>, aplicando a la pedagogía soviética de 1920 el principio marxista de que la emancipación de los trabajadores será obra de los trabajadores mismos, o no será. Una lectura marxista de los últimos textos de Lenin<sup>50</sup> saca a la luz su alarmada inquietud por el retraso en la creación de una sólida militancia cualitativamente formada, antiburocrática e internacionalista, lo que exigía, además de otras cuestiones, también una eficaz y permanente formación política. Sin embargo, la degeneración burocrática del stalinismo machacó este proyecto pedagógico e impuso otro irreconciliable. Y uno de los puntos de tensión y diferencia de Cuba con la URSS fue el sistema educativo caribeño, orientado a la concienciación integral de la persona. No es nuestro objetivo extendernos en el proceso degenerativo de la URSS, aunque sí debemos centrarnos en su fracaso teórico y estratégico con respecto a Cuba.

Antes de seguir, conviene recordar la pregunta que se hizo P. Broue en 1963: “*¿Pudo el pensamiento dialéctico de Lenin engendrar la escolástica de Stalin?*”<sup>51</sup>. La respuesta es obviamente negativa, pero para entender cabalmente su significado en lo que concierne a Cuba, hay que comparar sus dos extremos irreconciliables. Empecemos por el final. En julio de 1960, el Che criticaba diplomática pero abiertamente las ideas de Mikoyan, Viceprimer Ministro de la URSS en visita a Cuba, en el sentido de que Marx “*no había previsto*” la revolución cubana, y que “*la vida enseña más que el más sabio de los libros y que el más profundo de los pensadores*”<sup>52</sup>. Esto segundo es algo sabido antes de Marx, quien, por lo demás, insistía en que un paso práctico vale más que diez programas. Pero el tema central a debate está en la afirmación de que Marx no había previsto la revolución cubana, como si debiera haberlo previsto todo. Un alto cargo de la URSS como Mikoyan tenía el deber de conocer la fase madura y más creativa de Marx y Engels, siquiera el contenido de su correspondencia con Vera Zasulich y de Engels con Danielson, por citar los más conocidos, pero parece que la ignoraba.

Pero ¿podía ignorar la visión de Lenin sobre el proceso revolucionario mundial en el sentido de ir valorando cada vez más los procesos de liberación nacional, conciencia nítida ya en 1913<sup>53</sup> y plenamente teorizada en 1920<sup>54</sup>, por poner algunas fechas?. Mikoyan echaba la culpa a un Marx desconocido por él, y silenciaba a un Lenin ya totalmente tergiversado, para no reconocer el estruendoso fracaso de la escolástica stalinista que había rechazado la posibilidad de la victoria revolucionaria en Cuba hasta el último segundo. De hecho, la burocracia stalinista pensaba en Cuba no como en un país hermano, sino como un simple instrumento en su *realpolitik* mundial y en sus crisis internas. I. Deutscher ha analizado la interacción entre la crisis de los cohetes en 1962 y la crisis entre fracciones de la burocracia stalinista, mostrando cómo la URSS trató a Fidel Castro como “*un mero peón*”, y cómo Moscú propuso a las Naciones Unidas: “*la inspección de Cuba sin ni siquiera consultar a La Habana*”<sup>55</sup>.

El desprecio olímpico hacia la independencia nacional de Cuba es manifiesto, y su razón radica en la confluencia del nacionalismo granruso zarista con el nacionalismo granruso de la burocracia stalinista, proceso degenerativo al que se enfrentó desesperadamente Lenin. La tesis del “socialismo en un solo país” se fundió esa ideología hasta crear una concepción estratégica que subordinaba la revolución mundial a los intereses de la casta burocrática. El Che Guevara chocó frontalmente con esta estrategia al constatar la heroica soledad vietnamita, el intercambio desigual entre la URSS y los pueblos con los que comerciaba, incluido Cuba, y el comportamiento internacional de la Unión Soviética<sup>56</sup>. Pero la URSS no

---

<sup>48</sup> Lenin: “Sobre las condiciones de admisión de nuevos militantes en el Partido”. Obras completas Tomo 45, pags.: 17-21.

<sup>49</sup> Lenin: “Tareas de las Uniones de Juventudes”, Obras completas, Tomo 41, pag.: 314.

<sup>50</sup> Lenin: “Contra la burocracia. Diario de las secretarías de Lenin”. P y P, nº 25, 1975.

<sup>51</sup> P. Broue: “El partido bolchevique”. Ops. cit. Pag.: 694.

<sup>52</sup> Che Guevara: “Discurso en la inauguración del primer congreso latinoamericano de juventudes”. En “Escritos y discursos”, Edit. Ciencias sociales. La Habana 1985, Volumen 9 pag.: 7

<sup>53</sup> Lenin: “Vicisitudes históricas de la doctrina de Carlos Marx”, Ops. cit., Tomo 23, pags: 1-4.

<sup>54</sup> Lenin: “Informe de la comisión para los problemas nacional y colonial”. Tomo 41, pags: 248-254.

<sup>55</sup> I. Deutscher: “Rusia, China y Occidente”. Era, 1974, pag.: 208.

<sup>56</sup> Che: “Obras”, Casa de las Américas. La Habana 1970 Tomo II pags.: 387-600.

podía ni quería romper con esta degeneración porque era consubstancial a su esencia como sociedad estancada al principio y luego en retroceso en su transición al socialismo<sup>57</sup>. Por eso mismo, a despecho de las denuncias del Che y de otros muchos marxistas, la URSS desarrolló la tesis de la “soberanía limitada”, según la cual, y siguiendo aquí a investigadores cubanos que padecieron en su propia carne la prepotencia rusa: “cada país socialista cedía parte de su soberanía nacional en aras de los intereses generales del socialismo mundial. Para la mayoría de los pueblos europeos de los países integrantes del sistema socialista mundial, esto fue percibido como una violación de la soberanía y autodeterminación nacionales, lo que contribuyó a la pérdida creciente de prestigio de la Unión Soviética”<sup>58</sup>. Los autores de este texto tienen razón al decir que la invasión de Checoslovaquia en 1968 por el Pacto de Varsovia se justificó con dicha tesis. No nos debe sorprender, por tanto, que una de las fricciones permanentes entre Cuba y la URSS fuese el de la autoafirmación nacional cubana, impulsora desde el principio de su identidad caribeña y del legado de revolucionarios como Martí, Mella y tantos otros.

La permanente afirmación nacional cubana y su titánico esfuerzo para enriquecer su cultura y lengua, chocaba con la tesis oficial rusa del “pueblo soviético”, con su nueva psicología y fisonomía espiritual, en la que “La lengua de comunicación entre las naciones es el ruso, cuyas funciones sociales se incrementan continuamente”, expuesta entre otros por S. Kaltajchian<sup>59</sup>. La convicción stalinista de que la lengua rusa iba a incrementar continuamente sus funciones sociales era inseparable del dogma oficial del tránsito del capitalismo al socialismo, para el que se habían designado ya las fechas que marcaban los momentos decisivos, de no retorno, porque certificaban la terminación de la construcción de las bases del socialismo: en la Unión Soviética alrededor de 1936, en Bulgaria en 1958, en Checoslovaquia y Rumania en 1960, en la República Democrática Alemana en 1962, por ejemplo, según K. Zarodov<sup>60</sup>. Según este autor, la transición al socialismo está regida por leyes de lo particular y de lo general, de modo que la URSS ilumina el camino esencial y común, existiendo diferencias secundarias marcadas por los casos particulares y específicos. Esta tesis también era asumida por determinados intelectuales cubanos que durante el centenario de la muerte de Marx dijeron explícitamente que la URSS y otros países que no citan: “han construido o construyen la sociedad socialista desarrollada”<sup>61</sup>.

Ahora bien, leyendo con más atención a K. Zarodov vemos que no tiene más remedio que reconocer que: “entre los rasgos específicos del sistema político cubano figura el amplio uso de las formas de democracia directa (mitines y asambleas de masas). En 1960 se fundaron en Cuba los Comités de defensa de la revolución, que tienen la misión de organizar a las masas y reforzar los vínculos entre ellas y los organismos del Estado. Sus funciones se amplían sin cesar. Como ha señalado Fidel Castro, estos comités son una manifestación del estilo de la revolución cubana, que no se apoya en esquemas y diagramas abstractos, sino en la vida real”<sup>62</sup>. Es cierto que ha transcurrido una década entre la publicación de este texto y el anterior, y que durante ese tiempo la llamada “sociedad socialista desarrollada” fue hundiéndose irremisiblemente en el caos. Pero por esto mismo, cobra aun interés vital el problema de la “democracia directa”, recordando que para el marxismo es en los momentos de crisis cuando más urgente es multiplicar la intervención consciente de las masas trabajadoras.

Sin embargo, la burocracia stalinista nunca vio bien la importante participación popular en el proceso cubano, y no faltan textos en los que autores rusos ni siquiera citan la expresión “democracia directa” mientras reducen el papel de las masas cubanas repartiendo sus méritos con los de la “dirección” y la “ayuda soviética”<sup>63</sup>. Nadie puede negar la interacción de esos tres factores pero el problema estriba en considerar o no a la “democracia directa” como un componente esencial del proceso emancipador en todo el mundo, tal cual la ha entendido siempre el marxismo, o sólo como un “rasgo específico” de Cuba. Conviene recordar que Lenin utilizaba varios adjetivos para referirse al poder soviético y, en terminología

---

<sup>57</sup> Mandel: “La economía del periodo de transición”, Ediciones Rojas, nº 14, 1977. “10 Tesis sobre las sociedades de transición”, Ediciones Rojas, nº 26, 1978.

<sup>58</sup> AA.VV: “Europa del este, el colapso”. Colección Política, Ciencias Sociales. La Habana, 2002, pag. 197.

<sup>59</sup> S. Kaltajchian: “El leninismo sobre las naciones y las nuevas comunidades humanas internacionales”. Edit. Política, La Habana 1985, pag: 418.

<sup>60</sup> K. Zarodov: “La transición del capitalismo al socialismo”. Edic. Estudio. Buenos Aires 1974, pag: 229.

<sup>61</sup> E. Masague y S. Gomez: “Vigencia de la crítica del Programa de Gotha”, en “Marx y la contemporaneidad”. Edit. Ciencias sociales. La Habana 1987, I Tomo pag.: 86.

<sup>62</sup> K. Zarodov: “La transición del capitalismo al socialismo”. Edic. Estudio, Buenos Aires 1974. Pag 267.

<sup>63</sup> Koroliov y Kudachkin: “America Latina: Las revoluciones en el siglo XX”. Edit. Progreso, 1987, pags.: 141.154.

actual, a la autoorganización de los trabajadores<sup>64</sup> en el ejercicio de su poder. Pero esta tesis estratégica del leninismo era hasta tal punto incompatible con la escolástica rusa que no faltaron textos que afirmaban que el poder soviético “no puede ser considerado un principio general de toda revolución”<sup>65</sup>, haciendo insistencia especial en Iberoamérica. Deslegitimado el poder soviético y/o, según se quiera, la “democracia directa” en el proceso revolucionario, que es reducido a simple experiencia particular en algún caso concreto pero no a una constante fundamental y esencial en el proceso emancipador: ¿dónde quedaba a mediados de la década de los '80 toda la experiencia cubana anterior, incomprensible sin la decisiva participación de las masas?

Antes de responder a esta pregunta hay que contextualizar el momento en el que se echó por la borda toda la teoría marxista al respecto. Como recuerda Silvia Martínez, a mediados de 1986 Cuba inició una profunda rectificación en todas las cuestiones, destinada a adelantarse a los efectos de la crisis tremenda que ya sumergía al “socialismo realmente existente”<sup>66</sup>. Desde la llegada de R. Reagan a la Casa Blanca había significado años antes un endurecimiento de las agresiones directas norteamericanas contra Cuba, y de las indirectas mediante el ataque a otros pueblos, a otros procesos revolucionarios. También es entonces cuando en la URSS una burocracia superada y desbordada por el caos incontenible decide lanzarse a la perestroika, que fracasar estrepitosamente. En estas condiciones, la economía cubana sufrió un abrupto y brutal recorte del 75% de su comercio exterior, y entre 1989-1993 el PIB cubano se desplomó de 32,5 a 16,2 mil millones de dólares y el déficit presupuestario subió del 4,3% al 31,5% del PIB<sup>67</sup>. Sin embargo, el pueblo cubano resistió. Varios factores explican el milagro y de entre ellos, aquí queremos destacar cuatro fundamentales: una, la conciencia nacional y revolucionaria del pueblo, además de su formación teórica y política; otra, la efectiva consistencia de sus órganos de poder popular, explicados por Fidel Castro en una significativa entrevista de 1991, en la mitad de la crisis<sup>68</sup>; además, las medidas precautorias tomadas a finales de 1986<sup>69</sup>, como hemos dicho, y que permitieron a Cuba adelantarse a los peores momentos, y por último, la deliberada y consciente repartición de los costos y sacrificios entre el pueblo y sobre todo entre los miembros del Partido e instituciones.

Basta leer las duras pero inexcusables medidas, que no podemos reflejar aquí, para certificar la insalvable distancia entre la realidad de Cuba y la de la URSS en aquellos años decisivos. En Cuba, todo el pueblo y sobre todo, la militancia del Partido, se apretó el cinturón con anterioridad al estallido definitivo de la crisis incontrolable, logrando controlarla. En la URSS las diferentes fracciones de la burocracia empezaban a luchar entre sí cada vez más ásperamente para salvarse ellas de la quema y descargar los sacrificios sobre el pueblo y las restantes fracciones<sup>70</sup>. Mientras tanto, en el nivel propagandístico de la perestroika, alguna intelectualidad pretendía aumentar el prestigio de la perestroika en Cuba recurriendo al truco insostenible de equiparar el Che Guevara con Gorbachov. M. Harnecker entrevistó en septiembre de 1987 a K. Maidanik, y a su pregunta sobre si pudiese existir alguna contradicción entre los planteamientos del Che y los de la perestroika, la síntesis de la respuesta puede resumirse en la cita siguiente: “Entre las posiciones del Che y Gorbachov respecto a los valores del socialismo existe una gran afinidad espiritual y psicológica, y ésta se debe, precisamente, al momento revolucionario en que ambos han vivido y a la importancia decisiva que los dos han atribuido al factor humano, al hombre como el centro de la construcción de la sociedad socialista, a la ética leninista y a otras cosas semejantes”<sup>71</sup>.

Anteriormente, Maidanik ha dejado claro que las tesis económicas del Che no tenían nada que ver con las de la perestroika. ¿Entonces?. Semejante forma de trocear al Che --como se troceó a Marx, Engels, Lenin...-- separando lo “bueno” de lo “malo”, o sea, el modelo de socialismo en el Che<sup>72</sup> que nos remite

---

<sup>64</sup> Lenin: “Proyecto de decreto sobre las comunas de consumo”. Ops. cit. Tomo 35, pags.: 217-221

<sup>65</sup> M. Harnecker: “La revolución social: Lenin y America Latina”. Siglo XXI, 1986, pag.: 306.

<sup>66</sup> S. Martínez: “Cuba mas allá de los sueños”. Edit. Jose Marti 2003, pags.: 51-53.

<sup>67</sup> AA.VV: “Cuba Periodo especial: perspectivas”. Edit. Ciencias sociales. La Habana 1998.

<sup>68</sup> Fidel Castro: “La honda de David”. Txalaparta 1991, pags: 23-39.

<sup>69</sup> Cuba Socialista, nº 25, enero-febrero 1987, pags: 62-97.

<sup>70</sup> C.A. Aguilera de Prat: “La crisis del Estado socialista. China y la Unión Soviética durante los años ochenta”. PPU, 1994. Pags.: 88-91.

<sup>71</sup> Maidanik, Harnecker y Zamkova: “Perestroika La revolución de la esperanza”. Txalaparta 1990. Pags.: 75-80.

<sup>72</sup> Che: “El socialismo y el hombre en Cuba”. Obras. Casa de las Americas. 1970. Tomo II, pags: 367-384. Che, Bettelheim y Mandel: “El debate cubano”. Laia, 1974.

directa y necesariamente al “*gran debate*”<sup>73</sup> habido en la URSS en los años ’20, imprescindible para entender todo el proceso posterior. Vista semejante magnitud en el enfrentamiento teórico y político del Che, que antes hemos reseñado también sobre la perspectiva internacionalista, se comprende la necesidad de la burocracia por encontrar citas y trozos de textos que encajen en su “teoría” del momento. Pensamos nosotros que Gorbachov era y sigue siendo radicalmente antitético e irreconciliable con el Che, y pensamos que las diferencias entre ambos reflejan a su modo las diferencias últimas entre Cuba y la URSS.

## 5. EUROCOMUNISMO Y CUBA:

El debilitamiento progresivo de la Unión Soviética fue acompañado por la progresiva divergencia y distanciamiento de los principales PCs, varios de los cuales se adhirieron al llamado “eurocomunismo”, mientras que otros sostuvieron prácticas reformistas en la realidad pero teñidas de demagogia anti-eurocomunista. Incluso no faltaron autores que bajo la excusa de una crítica marxista del stalinismo, sentaban las bases teóricas del eurocomunismo, primero, y del posterior retroceso a la socialdemocracia<sup>74</sup>. Para entonces, la revolución cubana llevaba una década de experiencias y logros pese al cerco imperialista. Sin embargo, el efecto negativo del eurocomunismo contra la emancipación cubana es apreciable como veremos. Lo primero que debemos tener en cuenta es que si bien el eurocomunismo surgió con pretensión de ser un “*socialismo para los países de capitalismo avanzado*”<sup>75</sup>, bien pronto surgieron intelectuales más serios y conocedores de las estrechas relaciones entre la socialdemocracia de izquierdas y el stalinismo de derechas, como R. Bahro, que reconocieron que el “*compromiso histórico*”, nombre propio del eurocomunismo en Italia, podría ser aplicado incluso a “*países fundamentales de Latinoamérica*”<sup>76</sup>, aunque no citó ninguno.

Bahro tenía razón porque la pretensión de un amplio sector stalinista consciente de sus límites insalvables era la de avanzar en la línea de acercamiento práctico con la socialdemocracia. Por ejemplo, este era el objetivo de Milos Hajek en su particular versión de la historia de la Tercera Internacional, quien ni más ni menos que a comienzos de los años ’80 se atrevió a afirmar que: “*Los partidos comunistas de Occidente cuentan hoy con la colaboración de la socialdemocracia en la lucha por el poder político y en la construcción de una sociedad socialista*”<sup>77</sup>. Sin embargo, a comienzos de los ’80 la socialdemocracia empezaba a comerse al eurocomunismo y los PCs iniciaban su desplome. El desprestigio del “socialismo” y del “comunismo” que ello supuso para muchos intelectuales --recordemos a los “*nuevos filósofos*” franceses-- y militantes sentó las bases para el bajón posterior al hundirse la URSS. Pero ya antes facilitó la “denuncia democrática” de Cuba y de otros países “trasnochados y dictatoriales”.

Lo segundo que debemos considerar es que el eurocomunismo combatió el resurgimiento del marxismo que se produjo al calor de la oleada de luchas de finales de los años ’60. En estos años, era apreciable el prestigio de Cuba en sectores de la izquierda radical y de la juventud radicalizada que veía la coherencia cubana en la que Lenin estaba al lado de las ametralladoras, como ha recordado Fidel Castro: “*cuando el ataque al cuartel Moncada se nos quedó extraviado un libro de Lenin*”<sup>78</sup>. Se observaba a China, Vietnam, Argelia, Angola y Mozambique, etc., y sobre todo a Cuba quien, entre la Tricontinental del 3-15 de enero de 1966 y la Organización Latinoamericana de Solidaridad del 31 de julio al 10 de agosto de 1967, había dado cuerpo a un movimiento antiimperialista sin parangón desde las reuniones de Bandung. Y poco más tarde, el 18 de abril de 1967, “Año del Vietnam heroico”, el Che lanzó la consigna de crear dos, tres, muchos Vietnam. En las condiciones del capitalismo desarrollado, esta efervescencia impactaba en la juventud y en cada vez más izquierdas<sup>79</sup>. Y Cuba se iba conociendo cada día más, desde aquel 1963 en el

---

<sup>73</sup> AA.VV: “El gran debate”. Siglo XXI, 1975, 2 Tomos. Preobrazhenski: “Por una alternativa socialista”. Fontamara, 1976. Bujarin-Preobrazhenski: “La acumulación socialista”. Alberto Editor 1971. Bujarin: “La economía política del rentista”, Edic. Bolsillo 1974.

<sup>74</sup> Claudin: “La crisis del movimiento comunista”. Ruedo Iberico 1970.

<sup>75</sup> M. Loizu t P. Vilanova: “¿Qué es el eurocomunismo?”. Avance, 1977.

<sup>76</sup> R. Bahro: “Por un comunismo democrático”. Fontamara, 1981, pag.: 120.

<sup>77</sup> M. Hajek: “Historia de la Tercera Internacional”. Grijalbo. Crítica, 1984 pag.: 336.

<sup>78</sup> Fidel Castro: “Una revolución solo puede ser hija de la cultura y las ideas”. Editora Política. La Habana, 1999, pag.: 50.

<sup>79</sup> R. París y M. Reberious: “Socialismo y comunismo en América Latina”. En “Historia general del socialismo”. Ops. cit. Tomo IV, pags.: 252-254.

que Fidel Castro advertía del desconocimiento mundial de su lucha a ese otro 1967<sup>80</sup> cuando se publicó en castellano una de las mejores recopilaciones sobre la revolución cubana.

A la vez, se producía una recuperación del marxismo que iba más allá del famoso “*marxismo olvidado*”, centrado en Lukacs y Rosa Luxemburgo<sup>81</sup>. Las discrepancias entre China y la URSS, y la existencia de Cuba Socialista, permitieron plantear dudas anteriormente silenciadas, pero también la recuperación de corrientes como la “oposición obrera”, el marxismo de los consejos, la izquierda antiestalinista en general y no solo la trotskista; unido a una vuelta crítica al feminismo, sexualidad, ecología, vida cotidiana, arte y estética, crítica de la tecnociencia burguesa, etcétera, que es imposible sintetizar aquí. Pues bien, una de las peores tareas del eurocomunismo consistió en frenar y hacer retroceder esta marea creativa con inmediatos efectos sobre la capacidad de lucha de las izquierdas. Muy en síntesis, fueron tres las grandes corrientes ideológicas empleadas, sin poder citar otras menos conocidas: una, la mitificación de Althusser y su escuela, caracterizada en muchos de sus textos por su “*ignorante retórica*”<sup>82</sup>. Otra, la manipulación cínica y descarada de Gramsci, descontextualizándolo, negando su contenido revolucionario presentándolo como uno de los teóricos de la “vía pacífica y gradual al socialismo”, cuando no lo era en absoluto<sup>83</sup> y minimizando sus ambigüedades internas<sup>84</sup>; y por último, la llamada “Escuela de Budapest” que giraba alrededor de Lukacs, un pensador caracterizado por arrodillarse una y otra vez ante el stalinismo<sup>85</sup> y por haberse especializado en reflexiones filosóficas, esteticistas y literarias sin apenas contacto con la lucha material de las clases. Estas y otras corrientes menores, permitieron al eurocomunismo aparentar una riqueza intelectual y de debate teórico que, en realidad, ocultaba una desoladora incapacidad para criticar la realidad capitalista. Miles de jóvenes estudiantes y trabajadores, que se lanzaron al marxismo según la versión eurocomunista, se estancaron rápidamente en discusiones interesantes pero aisladas de la práctica diaria proburguesa del eurocomunismo.

La sistemática claudicación eurocomunista en la práctica ante la burguesía se amparó en la tesis objetivista clásica según la cual no existían condiciones materiales, objetivas, para la revolución, por lo que todo intento de avance consecuente en la vía revolucionaria era subjetivismo, infantil radicalismo pequeñoburgués o incluso peor, una “provocación” golpista y contrarrevolucionaria. Un embrión del objetivismo ya estaba presente en el socialismo lassalleano tan combatido por Marx y Engels; creció y se reforzó con Bernstein y luego con Kautsky, y, desde finales de la década de los ‘20 fue mantenido contra viento y marea hasta el mismo final de la URSS, en lo que puede ser definido como el “testamento” del PCUS en su XVII Congreso de febrero de 1986<sup>86</sup>. Incluso hoy, cuando asistimos a una nueva oleada de luchas a escala internacional, se sigue sosteniendo que dado que no se han desarrollado lo suficiente las “condiciones objetivas” hay que, por un lado, apuntalar los logros obtenidos; por otro, aunar fuerzas democráticas incluso ayudando a reprimir a los “provocadores” de ultraizquierda y, por último, hay que potenciar al máximo la “sociedad civil” pero ahora, a escala mundial.

Llegamos así a la tercera y decisiva influencia negativa del eurocomunismo sobre y contra Cuba. Los PCs eurocomunistas se presentaron como los verdaderos adalides de la democracia en abstracto, sin ninguna referencia de clase, de género, nacional, etc. Desde ese altar pontificaron a la derecha y a la izquierda, creyéndose poseedores de la verdad absoluta, pero contradiciendo y negando con su práctica real toda su palabrería demagógica. El caso más lacerante fue el de Santiago Carrillo, personaje decisivo en la rendición incondicional del PCs español ante el Capital, que a pesar de sus hechos se permite el lujo de criticar a Cuba en defensa de la “democracia”<sup>87</sup>. En este contexto, la “crítica democrática” de S. Carrillo a Cuba mientras se postraba ante el Rey español, abrió la puerta de otras “críticas” que culminaron en el lamentable espectáculo de las condenas de las recientes ejecuciones. Pero semejante comportamiento era en sí mismo la forma externa y superficial de la naturaleza esencial, de fondo, del eurocomunismo como claudicación ante la burguesía imperialista europea en aquellos años. Antes de la crítica de Carrillo, el debate sobre Cuba se libró en la izquierda italiana, en la escisión de 1968 del grupo *Il Manifesto* que rompió con el entonces poderoso PCI. *Il Manifesto* intentó recuperar la teoría y la práctica de los consejos

<sup>80</sup> F. Fernandez-Santos: “Cuba Una revolución en marcha”. Ruedo Iberico 1967.

<sup>81</sup> M. Lowy: “El marxismo olvidado”. Fontamara 1978.

<sup>82</sup> Zeleny: “La estructura lógica de “El Capital” de Marx”, Grijalbo 1974.

<sup>83</sup> G. Bonomi: “Partido y revolución en Gramsci”. Avance 1976.

<sup>84</sup> P. Anderson: “Las antinomias de Gramsci”. Fontamara 1978.

<sup>85</sup> I. Meszaros: “El concepto de dialéctica en Lukacs”, en “AA.VV: George Lukacs El hombre, su obra, sus ideas”. Grijalbo 1972, pags.: 45-101.

<sup>86</sup> AA.VV: “La teoría marxista-leninista del proceso histórico”. Progreso 1989, pags.: 195-202.

<sup>87</sup> S. Carrillo: “Eurocomunismo y Estado”, Grijalbo. Critica, 1977, pag. 125.

obreros, de la dialéctica organización/espontaneidad, una nueva teoría del partido, etc. Pero en su visión internacionalista optaron claramente por China criticando a Cuba por su prosovietismo<sup>88</sup>. Sin embargo, en la realidad italiana, *Il Manifesto* fue una especie de Pepito Grillo del PCI, condenando de palabra el reformismo pero enfrentándose en la práctica al combativo movimiento revolucionario italiano. De este modo, mientras el eurocomunismo intervenía activamente en la defensa del capitalismo en Italia y en los Estados español y francés, como analizó Mandel<sup>89</sup>, por citar los casos más llamativos, también reforzaba la ideología burguesa imperialista.

Decenas de miles de sinceros militantes de izquierda eran sometidos a una campaña de “crítica” de Cuba que de facto reforzaba directa o indirectamente el poder imperialista. O simplemente eran privados de una reflexión marxista sobre las cuestiones cruciales sacadas a la luz por la revolución cubana, desde su ideario independentista y socialista y su crítica de fondo al eurocentrismo<sup>90</sup> en general como en particular en Iberoamérica, hasta el permanente debate sobre el derecho/necesidad de la violencia revolucionaria; pasando por definir la democracia socialista en las condiciones en donde las clases trabajadoras urbanas no son siquiera mayoritarias en lo cuantitativo. Tales problemas, que nos remiten a lo que es --debe ser-- la característica definitoria del marxismo: la construcción/toma del poder político, y su conservación, como paso obligado para el avance al socialismo y al comunismo. Pero el eurocomunismo intervino activamente para anular esta característica esencial y para suprimir cualquier debate y reflexión sobre ella. No nos debe extrañar, entonces, que el marxismo degenerara en un intelectualismo totalmente desconectado de la realidad social, algo que Cuba consiguió evitarlo en la mayoría de los casos. Aunque es imposible ahora, es muy ilustrativo comparar brevemente el debate en Cuba y en el Estado español a raíz del centenario de la muerte de Marx. En Cuba<sup>91</sup> la cuestión del poder recorre abierta o solapadamente el grueso de las 55 ponencias. En el debate habido en el Estado español esta cuestión, la del poder y la del Estado, apenas aparece en las 68 ponencias<sup>92</sup>.

En septiembre de 1963, antes de que el eurocomunismo surgiera oficialmente como una “teoría” específica, pero cuando ya era abrumadora la experiencia histórica, el Che escribió estas palabras que ahora parecen premonitorias pero que sintetizan la esencia del marxismo: *“No debemos admitir que la palabra democracia, utilizada en forma apologética para presentar la dictadura de las clases explotadoras, pierda su profundidad de concepto y adquiera el de ciertas libertades más o menos optimas dadas al ciudadano. Luchar solamente por conseguir la reinstauración de cierta legalidad burguesa sin plantearse, en cambio, el problema del poder revolucionario, es luchar por retornar a cierto orden dictatorial preestablecido por las clases sociales dominantes: es, en todo caso, luchar por el establecimiento de unos grilletes que tengan en su punta una bola menos pesada para el presidiario”*<sup>93</sup>.

## 6. IMPERIALISMO Y CUBA:

A lo largo de las paginas precedentes hemos visto cómo el marxismo ha sido, por lo general, una teoría bastante desconocida incluso para los sectores más conscientes. Las razones son varias y no las podemos exponer ahora, aunque sí conviene recordar, por un lado, su propia dificultad y los avatares históricos en las ediciones de sus textos; por otro lado, la sistemática oposición del poder burgués, oposición abierta y descarada con censuras y represiones u oculta y sutil en forma de boicoteo y desprestigio silencioso pero permanente en universidades, prensa, etc., y por último, las vulgarizaciones y tergiversaciones interesadamente producidas por el reformismo y el stalinismo, incluidas muy especialmente la represión de corrientes críticas marxistas. Por estos factores, en resumen, el marxismo no ha podido desarrollar en la práctica las enormes potencialidades implícitas en su denuncia del capitalismo. Tampoco debemos olvidar las propias limitaciones lógicas y necesarias legadas por sus principales creadores, condicionados objetiva y subjetivamente por los contextos en los que vivieron y lucharon. El marxismo es una teoría indisolublemente unida a la lucha revolucionaria, a sus costos y sufrimientos, a las agudas restricciones que impone la lucha revolucionaria, pero también, dialécticamente, a las decisivas lecciones históricas que se extraen de las derrotas y de las victorias. No puede sobrevivir largo tiempo en su enriquecimiento

---

<sup>88</sup> R. Rossanda: “Il Manifesto”. Era 1973, pag.: 184.

<sup>89</sup> Mandel: “Crítica del eurocomunismo”. Fontamara, 1978.

<sup>90</sup> S. Amin: “El eurocentrismo Crítica de una ideología”. Siglo XXI, 1989.

<sup>91</sup> AA.VV: “Marx y la contemporaneidad”. Ops. Cit, III Tomos,

<sup>92</sup> R. Reyes (ed.): “Cien años después de Marx”. Akal 1986.

<sup>93</sup> Che: “Guerra de guerrillas: Un metodo”. En “Obras Escogidas”, Edit. Fundamentos 1977, Tomo I pag: 166.

teórico sin el oxígeno vital que le viene de la lucha revolucionaria porque es solamente esta la que le permite recuperarse y expandirse a pesar de la permanente oposición material e intelectual capitalista.

Por diversas circunstancias relacionadas con los tres factores expuestos arriba, se ha olvidado mucho esta fusión vital entre lucha y teoría en y para el marxismo, mientras que se ha sobrevalorado en exceso su dependencia hacia el trabajo intelectual exclusivamente realizado en medios universitarios burgueses, o en las oficinas de los partidos stalinistas y eurocomunistas. No negamos en absoluto bastantes de las aportaciones del llamado “marxismo académico”, pero sí insistimos en que a medio y largo plazo lo que alimenta la expansión del marxismo es la lucha revolucionaria. Aunque en determinados momentos de reflujo o estancamiento la producción académica puede mantener vivo el componente intelectualista del marxismo y su prestigio en determinados medios sociales; sin embargo, si a medio y largo plazo dicha producción carece de un engarce con y de una supeditación praxeológica con respecto a las experiencias sociales de las masas explotadas, indefectible e inevitablemente el “marxismo académico” va siendo absorbido por la ideología burguesa.

Reaparecen entonces, con formas nuevas pero con los contenidos ya existentes a finales del siglo XIX, los cuatro grandes puntos de antagonismos irreconciliable entre marxismo e ideología burguesa, a saber, uno, el problema de la propiedad privada o pública, individual o colectiva, burguesa o socialista, con todas las variantes intermedias; otro, el problema de la explotación, del plusvalor, de las crisis periódicas y de los efectos que ello supone sobre la totalidad de la existencia humana; además, el problema del poder de clase, del Estado, de la violencia reaccionaria o revolucionaria, de la democracia socialista o de la dictadura burguesa, y, por último, el problema de la dialéctica materialista o del neokantismo, de la posibilidad de conocer y transformar el mundo o de su imposibilidad. El progresivo distanciamiento práctico de las contradicciones materiales que se desarrolla en el teoricismo termina haciendo que las contradicciones intelectuales pierdan fuerza y se desorienten por entre abstrusas marañas de abstracciones. Se trata, obviamente, de un proceso largo durante el cual el intelectualismo sigue siendo capaz de aportaciones a la reflexión teórica de izquierdas e incluso a algunas luchas parciales y puntuales. Pero en la medida en que las cuatro cuestiones fundamentales –propiedad, explotación, poder y dialéctica-- que enfrentan al marxismo y a la ideología burguesa empiezan a resurgir públicamente debido al ascenso de la lucha de clases, entonces el “marxismo académico” acelera su deriva integracionista en la lógica capitalista, excepto honrosas excepciones. De esta forma, el academicismo y la “teoría” elaborada por las burocracias van perdiendo el esencial contenido antagonista e irreconciliable del marxismo, para degenerar en múltiples modas y subproductos de consumo ideológico en el mercado de la culturilla burguesa y de la elucubración profesional, asalariada, de la institución universitaria y de otras fábricas de ideología capitalista.

Debido a su poco desarrollo de las burocracias internas y de su menor absorción por el capitalismo, el socialismo utópico no se enfrentó total ni desesperadamente al marxismo, sino que una buena parte suya incluso intentó aprender y adaptarse a los impresionantes cambios que se estaban produciendo desde la segunda mitad del siglo XIX, abrumadamente manifiestos en 1871. Sin embargo, con la socialdemocracia ya no sucedió lo mismo sino que su oposición al marxismo, manifiesta oficialmente en 1914, ya empezó en la práctica con mucha antelación, allá por finales del siglo XIX. Por su parte, el stalinismo comenzó a frenar el desarrollo del marxismo a finales de la década de 1921-30, llegando a las espantosas represiones de la segunda mitad de la década siguiente. Ahora bien, mientras que la socialdemocracia y el stalinismo necesitaron de un proceso interno y externo que legitimara su abandono del marxismo, con los problemas escisionistas que ello supuso, el eurocomunismo lo tuvo mucho más fácil. Su distanciamiento del marxismo estaba dado con anterioridad ya que, por un lado, casi todos los militantes eurocomunistas estaban previamente moldeados por la escolástica stalinista durante sus largos años de fiel obediencia a Moscú; y, por otro lado, al haberse distanciado definitivamente del marxismo, tampoco tuvo dificultades para asumir, primero, las tesis kautskianas de la socialdemocracia posterior a 1910 y, después, las iniciales tesis bernsteinianas de finales del XIX, definitivamente reformistas. Estos antecedentes explican que el eurocomunismo tuviera al principio pequeñas escisiones de fanáticos stalinistas y posteriormente una imparable desintegración en diferentes subcorrientes de la socialdemocracia. Pero, durante toda la caída libre en la ignominia, el eurocomunismo cumplió arduamente su papel antiobrero, proburgués y de debilitamiento de las izquierdas marxistas.

Mientras tanto, el capitalismo había ido cambiando en sus formas desde los primeros indicios de su fase imperialista hasta su crisis actual. Nada de esta evolución es comprensible al margen de la influencia práctica en contra de la lucha revolucionaria y en contra del marxismo, mantenida al principio por una parte muy reducida del socialismo utópico, pero luego ya descaradamente por la socialdemocracia, el

stalinismo y el eurocomunismo, cada uno de ellos en un contexto especialmente decisivo. Del mismo modo en que el capitalismo es incomprensible si se olvida o menosprecia tanto la lucha de clases como la labor proburguesa de los reformismos y de la burocracia stalinista, también es incomprensible la evolución del marxismo y su situación actual al margen de esa dialéctica de factores, de esa totalidad concreta. Y según esta misma lógica dialéctica, los logros, los errores, las dificultades y la situación actual de Cuba, como de cualquier otro proceso de liberación, solamente se comprenden en su pleno sentido desde esta perspectiva que se basa, además de en otros fundamentos marxistas, también y sobre todo en la vigencia de la ley del desarrollo desigual y combinado.

Dentro de estas condiciones históricas, Cuba tuvo y tiene que superar una impresionante cantidad de obstáculos, entre los que destacan y condicionan a los demás, la permanente agresión global de los Estados Unidos, tanto en forma de guerra económica de alta intensidad, como la amenaza militar siempre presente, pasando por diversos grados de otras agresiones. El componente desigual de la ley del desarrollo antes citada explica cómo el pueblo cubano fue sometido, primero al imperialismo español, luego británico durante un corto interludio y por fin yanqui para expropiarle de por su capacidad productiva de azúcar. Explica cómo, por eso mismo, fue hundido en la miseria, en el hambre y en la incultura de sus masas, en la dependencia conscientemente asumida de su burguesía y en una continuada represión. Pero el mismo componente desigual explica, sobre todo y por ello mismo, que el pueblo cubano mantuviera siempre una ebullición nacional que periódicamente estallaba en heroicas guerras de liberación. El componente combinado de dicha ley del desarrollo histórico, explica que el triunfo cubano se incrustara de inmediato, desde los primeros momentos, en el áspero y duro contexto mundial entonces existente. El carácter combinado de la revolución cubana emergió con toda su fuerza cuando su pueblo trabajador expropió a los expropiadores e hizo que la propiedad privada de la tierra y del capital volviera a ser propiedad pública. Surgió así el nexo objetivo y subjetivo que estructura la tensión dialéctica entre lo desigual y lo combinado en la ley del desarrollo de la independencia nacional cubana: el problema de la propiedad, de la explotación, del poder y de la capacidad del pueblo cubano para conocerse y emanciparse a sí mismo, capacidad eminentemente dialéctica.

Lo desigual y lo combinado determinó que al muy poco tiempo de su victoria, el pueblo cubano se viera en la ineluctable necesidad de optar sobre si relacionarse o no con la URSS, y cómo relacionarse con ella. No había otra posibilidad. Solamente las personas de mala fe y/o las ignorantes pueden sostener a estas alturas que Cuba podía haber sobrevivido sin sus relaciones con la URSS. Pero, también inevitablemente, se desarrolló así una nueva contradicción interna de la ley del desarrollo desigual y combinado, la que enfrenta a la conciencia nacional e internacionalista del pueblo cubano como materialización concreta de su desigual y específica formación caribeña, con el modelo uniformador y dogmático de la burocracia stalinista y su nacionalismo granruso. Semejante choque entre lo nacional cubano --expresión de lo desigual en la historia-- y el mal llamado "socialismo desarrollado" (¿?) --expresión de lo combinado en el contexto de entonces-- generó que en Cuba aparecieran dos modelos muy diferentes de construcción del socialismo. Las contradicciones generadas por ese choque, estaban dentro de la necesidad de supervivencia de la revolución, de modo que la solución práctica de las fricciones, limitaciones, errores y consecuencias no deseadas surgidas de las contradicciones descritas, se ha realizado siempre en la historia cubana mediante la intervención de las masas democráticamente organizadas en múltiples formas de participación y decisión.

Es obvio que esa democracia tiene insuficiencias pero es cualitativamente muy superior a la democracia burguesa, que no es sino la forma de disimular la dictadura capitalista. Una lectura marxista de la historia de las fricciones cubanas con la URSS y de los problemas internos en la construcción de un socialismo adecuado a las condiciones cubanas, muestra cómo la resolución de los problemas periódicos, externos e internos, se resolvían mediante una ágil y efectiva creatividad inherente a las relaciones entre las organizaciones y el pueblo. Semejante dialéctica no hubiera podido desarrollar sus potencialidades si en Cuba hubiera dominado el sistema stalinista. En las condiciones impuestas por el desarrollo desigual, la revolución cubana pudo y puede mantener su especificidad propia, nacional; pero el desarrollo combinado le obligo, para seguir existiendo, a establecer relaciones con la URSS, lo que facilitó el desarrollo de fuerzas burocráticas internas que se identificaron con el modelo stalinista, aplicándolo sin apenas crítica a las diferentes necesidades cubanas. Tal contradicción tiende, sin embargo, a ser superada paulatinamente tras la implosión de la URSS, siendo substituida por otra, la que tiende a aparecer entre el sector beneficiado por la relativa dolarización de sectores de la economía y el sector que no se beneficia ni quiere beneficiarse. No se puede negar la existencia de una continuidad entre la contradicción anterior y la nueva, continuidad innegable en la Rusia actual y en los países exsocialistas. Volvemos así al

problema permanente de la teoría marxista de la transición del capitalismo al comunismo, del que hemos hablando algo en las páginas anteriores.

La nueva contradicción afecta profundamente a la democracia socialista tal cual existe en Cuba porque, a diferencia de los decenios anteriores, ahora el imperialismo y la tendencia ascendente neofascista dominante en los Estados Unidos, y en buena parte de la burguesía mundial, tiene las puertas abiertas para aplicar sus crímenes sin ninguna necesidad de previas negociaciones con la URSS. La crisis profunda que mina al capitalismo y en especial a los EEUU, impulsa a la burguesía a una militarización feroz tanto en el interior de sus países, contra sus propias clases, como en el exterior, contra los pueblos que se dignan a mantener su independencia o que lucha por conquistarla. Los EEUU están multiplicando sus ataques a Cuba al margen de los gobiernos de turno, porque hundir la revolución cubana es una necesidad imperiosa para el capitalismo yanqui que no sólo para el Gobierno de Bush, o el que le suceda. Los gobiernos pasan, el capital permanece. Y es en estos momentos en los que se vuelven a concentrarse en pocos días toda la larga experiencia revolucionaria acumulada por los pueblos trabajadores desde, como mínimo la Comuna de 1871, con su vital necesidad de defenderse hasta la muerte contra el ataque exterior, cuando fracasa el progresismo intelectualista. Realmente su estancamiento ya se inició con anterioridad, por ejemplo y sin mayores precisiones, cuando sectores intelectuales apoyaron el eurocentrismo de la “ayuda humanitaria” aplicada por los ejércitos imperialistas, o cuando apoyaron a la OTAN en su ataque a la exYugoslavia, o justificaron las invasiones de Afganistán e Iraq. Desde entonces, con altibajos y cambios de posturas individuales, la casta asalariada intelectual ha pasado a ser una fuerza en manos del imperialismo.

Existe otro sector, el de los intelectuales progresistas que han mantenido una digna y coherente denuncia del imperialismo pero que han rechazado las ejecuciones legales practicadas en Cuba, sin renunciar por ello a seguir criticando la brutalidad imperialista. El grueso, por no decir la totalidad, de los debates mantenidos con este sector ha girado alrededor de la legitimidad ético-política de la pena de muerte incluso legalmente establecida en un país soberano y socialista. Pensamos que el planteamiento citado adolece de muchas deficiencias que no podemos exponer aquí, pero que en el problema de la ética nos lleva a los debates sobre la irreconciliabilidad entre la ética de la opresión y la ética de la liberación. Para ahorrarnos tiempo, remitimos al lector interesado al texto “*La ética marxista como crítica radical de la ética burguesa*” disponible en [www.basque-red.net](http://www.basque-red.net) y en [www.lahaine.org](http://www.lahaine.org), y al artículo “*También las éticas*”, disponible en [www.gara.net](http://www.gara.net) y en las citadas. La cuestión central radica, según nuestra tesis sobre Marx y Cuba, en saber discernir y aplicar al momento actual del imperialismo la dialéctica entre la esencia y el fenómeno en el capitalismo, es decir, saber que pese a todos los cambios históricos acaecidos, no solamente siguen teniendo vigencia las grandes cuestiones estratégicas del proceso revolucionario sino que su actualidad es, en el contexto y en la coyuntura actuales de Cuba, innegable como en la Comuna de 1871. En este sentido, nos permitimos concluir con una larga pero concluyente cita extraída del muy necesario libro de Victor Serge “*El año I de la revolución rusa*”, Siglo XXI 1972, que aparece en su capítulo novelo: “*El terror y la voluntad de vencer*”, y especialmente en las páginas 368 y 373:

**“Pero no necesita justificación todo aquello que constituye una necesidad histórica. No ha habido jamás guerra ni revolución sin terror. El terror ha sido siempre el arma predilecta de las clases poseedoras, en todas las guerras de clases. Reléase la historia de la Reforma y de las guerras religiosas, la historia de las Santiagadas, la de la revolución inglesa del siglo XVII, la de la guerra de secesión de los Estados Unidos.**

**Y hágase memoria, sobre todo, de lo que hemos presenciado en los últimos diez años. La disciplina de todos los ejércitos que durante la gran guerra fueron tan pródigos de heroísmo, se apoyaba, en resumidas cuentas, sobre el terror. ¿Se sabe cuántos hombres fueron fusilados por los consejos de guerra? El capitalismo ha recurrido, en cuanto se ha visto en peligro, al terror blanco erigido en sistema permanente por la dictadura fascista en Europa central, en Finlandia, en España, en Italia...**

**Por lo demás, el terror rojo nació del terror blanco. Los proletarios y los campesinos, poco inclinados a servirse de la espada, por su idealismo generoso y su inexperiencia del poder, aprendieron en la escuela del antiguo régimen y del capitalismo. Tiene algo de desconcertante la indulgencia de los vencedores para con los vencidos después de la caída de la autocracia, así como después de la insurrección de octubre (...)**

**Era infinitamente mayor el número de las víctimas que hacia por la misma época el terror blanco en los territorios ocupados por la contrarrevolución (...)** Pero el “mundo civilizado”, es decir, el mundo capitalista, no se preocupó nunca de estas innumerables víctimas del terror blanco, si no es

para aumentar su número. No quería ver el terror blanco, obra de sus soldados. Pero el terror rojo despertaba en él un furor sagrado.

Las obras de Lenin no contienen más que algunas alusiones incidentales --pero categóricas-- acerca del terror. La imperiosa necesidad de quebrantar implacablemente la resistencia de las clases desposeídas era a los ojos de Lenin una cosa tan evidente que no creyó, precisamente por esto, que fuera precisa una demostración teórica. Lenin había preconizado, desde los primeros días del gobierno revolucionario, las medidas de rigor y había combatido las “ilusiones pacifistas”, “las debilidades inadmisibles” de los que le rodeaban.

.....  
Al pie de una página del folleto *El infantilismo de izquierda y el espíritu pequeño burgués*, escrito en el mes de mayo, ponía esta nota: “Miremos también aquí la verdad de frente: nos falta todavía la implacable dureza que es necesaria para la victoria del socialismo, y no es porque carezcamos de resolución. Como resueltos, lo somos. Pero no nos damos maña para *echar el guante* con rapidez y un número suficiente de especuladores, merodeadores y capitalistas, que burlan las medidas soviéticas... En segundo lugar, nuestros tribunales carecen de energía; en vez de fusilar a los prevaricadores, los condenan a seis meses de cárcel. Ambos defectos tienen la misma raíz social: la influencia del elemento pequeño burgués, su debilidad”.

Era demasiado realista para no estar convencido de que “durante una revolución, la máxima energía equivale a la máxima humanidad” (Trotsky). Las vacilaciones y las debilidades se pagan caras. Cuanto con más resolución se lleva adelante una lucha, mayores probabilidades de victoria ofrece y menor costosa resulta. “Frente a una tiranía, la clemencia es barbarie”, decía Robespierre en la Convención.

.....  
(...) Confiemos, sin embargo, en la fuerza del proletariado, que tal vez sepa ahorrar a la humanidad sangrías demasiado fuertes en las guerras sociales del porvenir. El terror rojo, lo mismo que el terror jacobino, fue provocado directamente por la intervención extranjera.

Esto ocurrió porque en 1918 la solidaridad proletaria internacional no era bastante fuerte para impedir toda intervención extranjera contra la revolución; de haber ocurrido esto la Rusia revolucionaria se habría salvado fácilmente de cuatro años de guerra civil. Un proletariado victorioso, protegido contra la intervención extranjera por la solidaridad internacional de los trabajadores, no necesitará recurrir al terror, o sólo durante un breve período. Serán las clases ricas las que deberán demostrar una clarividencia suficiente para calcular la relación que existe entre las fuerzas que se hallan frente a frente, y no entablar luchas, que han de acabar en desastre, contra un proletariado que está seguro de vencer. Organización proletaria. Conciencia de clase, voluntad revolucionaria intrépida e implacable, solidaridad internacional activa, tales son, a nuestro juicio, los factores que pueden hacer inútil en el porvenir el terror rojo, cuando hayan alcanzado alguna fuerza”.

V. Serge escribió estas palabras proféticas con respecto a Cuba, y a todo pueblo que se encuentra en peligro de ser invadido por una potencia imperialista que aplica sistemáticamente el terror, entre 1925 y 1928. Desde entonces, la humanidad ha sufrido atroces dictaduras, prolongadas guerras de exterminio, una espeluznante guerra mundial, decenios de agresiones militares y férreos cercos económicos. Su esperanza de que la solidaridad proletaria ahorrase a estos y otros pueblos y clases trabajadoras sufrimientos inimaginables se ha cumplido muy escasamente, como ya denunciara el Che en su defensa revolucionaria de Vietnam. La humanidad ha llorado sangre y ha pasado hambre insufrible porque el capitalismo ha impuesto sus criminales medios de ampliar la tasa de beneficio, pero también porque la socialdemocracia ha apoyado materialmente a la burguesía, porque el stalinismo no se volcó decididamente en apoyar a los pueblos, y porque el eurocomunismo defendió a sus burguesías estatales. Los juicios ético-políticos no pueden ni deben hacerse al margen de estas espantosas realidades que, sin embargo, son silenciadas cuando no justificadas por la industria político-mediática burguesa.

Cuba se encuentra en una situación esencialmente idéntica a la que V. Serge analiza en su texto. Depende de las clases y de las naciones trabajadoras, de las fuerzas revolucionarias y progresistas y de las personas de bien, además de su propio esfuerzo demostrado día a día durante 44 años, el logro de la erradicación histórica de la necesidad de tener que aplicar la justicia revolucionaria en sus grados más duros. Decisiones que nadie desea, pero que han sido necesarias en las condiciones, contexto y coyuntura de un pueblo digno, libre, revolucionario e internacionalista amenazado de muerte por el imperialismo y abandonado por las antiguas izquierdas, ahora arrepentidas e integradas en el capitalismo.